LA ESTRUCTURA DEL CAPITALISMO MULTINACIONAL

Algunos ejemplos son válidos. La Montedison controla el 80 por 100 de los productos químicos italianos, pero representa solamente el 15 por ciento de la producción de ese sector en el Mercado Común. Un coloso alemán del acero como Thyssen-Rheinrohr (que produce el 25 por 100 de la República Federal) sólo implica el 10 por 100 de la producción de la Comunidad, y la Fiat, exponente superior de la producción automovilística de Italia —el 80 por 100—, apenas si llega al 22 por 100 de la fabricación de los Seis.

El incremento de las inversiones americanas en Europa ejemplifica, desde el ángulo monetario —ahora apoyado por la estructura de cadenas de Bancos instalados «in situ»—, el despegue. En efecto, las inversiones americanas en Europa Occidental en 1958 —fecha de iniciación del Mercado Común— ascendían a 6.905 millones de dólares. En 1967 excedían de los 21.000. En ese mismo año, el total de las inversiones americanas en el mundo se elevaba, según el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, a 122.292 millones de dólares.

Ateniéndonos a ese dato oficial —que incluye todos los activos, pero excluye el oro—, cabe añadir que la inversión externa representa sólo los dólares situados fuera del país, pero no el adicional valor de capital que esas empresas controlan. Considérese que la producción de bienes y mercancías de esas empresas, sólo en el año 1966 supuso una cifra de 110.000 millones de dólares. Este enorme poder permite a esas grandes organizaciones la elección de **sus propias prioridades,** lo que facilita la entrada en juego de un capitalismo supranacional que no sólo explota, interviene y obtiene unos beneficios considerables, sino que por la naturaleza científica de la revolución tecnológica —que controla y domina— viene a determinar, en gran parte, el rumbo económico a seguir. **Se reproducen así, en los países en despegue o en vías de desarrollo las anomalías patéticas y dramáticas de la explosión del motor, por tomar un ejemplo de mil, en urbes casi rurales que llegan a la edad de la contaminación atmosférica sin haber pasado antes por las etapas del desarrollo, el cambio cualitativo y la democratización del poder político.**

La aceleración científica, con el fenómeno derivado del rápido envejecimiento cíclico del utillaje, facilita la denominación de los grupos que operan internacionalmente y se desenvuelven, al tiempo, en distintos países y frentes. Decir que pueden organizarse, de la nada, organizaciones de ese tipo parece, cuando menos, apresurado. **La verdad sería, al contrario, de signo distinto: la desarticulación de los centros nacionales de decisión cuando no se aplica, como respuesta, una ley de prioridades socialista.**

En América Latina se está produciendo una modificación en las prioridades de los inversionistas extranjeros. En efecto, el sector clave hasta hace unos años fue el de las materias primas, minerales y petróleo. Actualmente es el sector industrial y, dentro de él, todas sus vanguardias tecnológicas y comerciales. **Ello hizo posible** —revelo en mi libro «América Latina, hoy: Anatomía de una Revolución»—, **que en 1966, último dato riguroso sobre ese tema, las filiales estadounidenses exportaran, ellas solas, 4.500 millones de dólares de productos, es decir, el 35 por 100 del total de las exportaciones.** Si se tiene en cuenta el control financiero que se ejerce sobre la comercialización internacional y el transporte de esas mismas mercancías la cifra será mucho más seria. Pero si se trata de los productos manufacturados el control es, en orden a las exportaciones latinoamericanas, del 41 por 100.

Se dice, de igual forma, que las compañías americanas en Latinoamérica impidieron **la importación** de 4.790 millones de dólares en el mismo año, o lo que es lo mismo, una salida de divisas por el mismo valor, si esos productos hubieran tenido que comprarse fuera. Pero en su mayor parte se trata de productos establecidos por la estrategia del consumo de las grandes corporaciones. De no ser así, ¿no cabría hablar de otro género de importaciones a tenor de las prioridades del desarrollo popular real?

Es patente que la revolución tecnológica ha creado unas circunstancias nuevas en el desarrollo industrial que no cabe eludir con el planteamiento de la rueca manual de Gandhi, **pero cuyas condiciones objetivas sí cabe definir para establecer la respuesta política adecuada, es decir, la política industrial y la política social que corresponda con las verdaderas necesidades de los pueblos y no de tres docenas de corporaciones multinacionales. Por tanto, si el signo de la tecnología es el de la concentración supranacional, el marco político de la época no puede ser el de la guerra, más la industria como derivado de aquélla, sino la socialización de los medios y la democratización total de las formas.** La paz no puede ser otra cosa que la transformación revolucionaria de un sistema que, en las medidas actuales, produce el Vietnam en función de sus programas industriales. Es obvio, en consecuencia, que su funcionamiento es anómalo. ■ **E. R. G.**

La Capilla Sixtina

MI CONFESION

Un corresponsal me pide explicaciones sobre el tono de **La Capilla Sixtina**: «¿No cree usted que la ironía y el sarcasmo son lujos en los tiempos prohibidos que seguimos atravesando?». Suelo ser muy sensible ante este tipo de ataques. Nada hay más descorazonador que hacer equilibrios al borde del abismo para que después te digan que estas tonterías no se hacen. Me he tomado media botella de «whisky» de importación y he conseguido ver las cosas en su sitio. He aquí una frase hecha que siempre me ha desconcertado. ¿Cuál es el sitio de las cosas?

Este país está grave y, por lo tanto, es un país grave. Me he planteado, ya dispuesto a echar piedras sobre mi propio tejado, confesar mis errores de hechicero cultural y revelar que este tono irónico y sarcástico lo recibí, en un 50 por ciento, a través de mi formación en las escuelas especiales de la CIA y el 50 por 100 restante, condicionado por mi praxis de intelectual pequeño burgués, francotirador, alienado por el mercado singular de mis singulares productos culturales, piojoso, una calamidad, una calamidad histórica, eso es lo que eres, me he dicho mientras el crepúsculo se aplomaba sobre el barrio de Argüelles y las fritangas de las tapas subían hasta mi ventana con más olor a muerto que de costumbre.

Después he intentado localizar a mi amiga Encarna, la modelo, para que me diera su opinión, sin falsa piedad amistosa; pero no estaba. Mi amiga tenía pase de modedos de trajes de baño y no he podido contar con su inapelable sinceridad en estas horas de tribulación.

Un intelectual —he pensado en voz alta— es lo más abyecto que hay en este mundo. Y si el intelectual se llama a sí mismo progresista, mucho más. Y si intenta comportarse como tal, aún más, porque intenta despistar sobre sus reales condicionamientos de clase y perpetúa, de una u otra manera, la supervivencia de la cultura burguesa. Y si en tiempos prohibidos utiliza la ironía y el sarcasmo, merece ser fusilado por integrado o por retrasado mental.

Tal era mi exaltación, que algunos viandantes se han parado para contemplar mi dislocado monólogo. Al llegar a la escurialense plaza de la Moncloa, los colores goyescos de las afueras lejanas me han distraído y este vencimiento aún me ha exasperado más, porque ha revelado el morbo del esteticismo que me corroe, síntoma evidente de una conciencia pequeño burguesa enfrentada a la realidad como si fuera una sucesión de epifenómenos sin pasado histórico, sin operatividad histórica.

Confieso que me he metido en un bar y, tinto tras tinto, he recuperado los fantasmas etílicos de cualquier adolescente sensible y virgen. Cuando el chuzo del sereno marcaba la hora del regreso a casa, yo cantaba desesperadamente una canción inconfesable en las páginas de una revista tan grave y seria como esta, si no fuera por ese enloquecido Chamorro (le llaman «el obsceno pájaro de la noche») y por este miserable pequeño burgués, que comete la osadía de sublimar su vanidad cada semana mediante la firma de una sección fija.

El reformista que hay en mí ha aprovechado la ocasión para decirme al oído: «¿Y si firmaras con seudónimo? De esta manera publicas, cobras y no te envaneces».

Pero he tenido el suficiente valor para rechazar la tentación.

No; no, firmaré para hacer evidente cada semana mi felonía. Llevaré hasta el final la ignominia de mi vanidad burlona y engreída. Será un acto de expiación.

Al llegar a casa he vuelto a repasar el correo. En la soledad de mi alcoba de viudo he abierto las cartas con impaciencia masoquista, en busca de nuevos correctivos morales que me ayudaran en mi expiatorio camino. Pero me he encontrado seis o siete amenazas, más o menos en el estilo de costumbre: se me advierte que no llegaré a viejo y que soy agente del mal, del diablo, del oro de Moscú, de la internacional de masones y pederastas.

—¿En qué quedamos?

He gritado algo mosca. Mi grito ha debido ser lo suficientemente fuerte como para que Encarna se despertara y subiera en salto de cama a ver qué me pasaba. La he explicado la cuestión. Ha leído las cartas. Todo su comentario ha sido un mohín de contrariedad.

—Pero dime qué te parece todo esto, chica.

—Los que le dicen que usted es un integrado tienen razón, pero no es el momento de decirlo, porque va bien que usted siga metiéndose con los que le acusan de ser todo lo contrario.

Le he regalado a Encarnita **Il Principe**, de Maquiavelo, y las obras completas del P. Mariana. Yo me he puesto a leer **Alicia en el país de las maravillas** y jamás me he sentido tan identificado con ningún héroe literario.

SIXTO CAMARA